

venir en sus proclamas, al tiempo mismo que combatian tan tenazmente al que le representaba sobre la tierra. No lo extrañamos. Siempre sucede lo mismo en todas las revoluciones. Los que hacen gala de combatir todo recto principio y hacer que la justicia y el derecho sirvan de escabel á la injusticia y la fuerza bruta, pretenden obrar en justicia y con la ayuda de Dios! ¡No hay revolucion sin el epíteto de gloriosa! ¡No hay causa mala que no lleve el nombre de santa! Cansados estamos de oír llamar santa libertad á la licencia y al libertinaje, progreso á la destruccion, moralidad á la injusticia, é incaucion á lo que no es otra cosa que verdadera usurpacion. Es la nomenclatura de los revolucionarios de todas partes.

El 2 de junio por la noche, el duque de Reggio dió sus órdenes para el rompimiento de las hostilidades.

Son importantes los primeros hechos de armas que tuvieron lugar, de los que vamos á dar cuenta reproduciendo la narracion que de ellos hace el ya citado historiador Balleydier, el cual se expresa de esta manera:

«El dia 3, al asomar el alba, dos columnas mandadas por el general de brigada Mollière la una, y la otra por el general de brigada Juan Levailant, bajo el mando en jefe del general Regnault-Saint-Jean d'Angely, se dirigen, siguiendo distintos caminos, hácia la *villa* Panfili; el 33.º de línea, apoyado por dos compañías de cazadores de á pié, y por una compañía de ingenieros, es enviado en reconocimiento. Estas tropas llegan al pié de la *villa*, donde los romanos se habian fortificado de un modo formidable; déjanse oír algunos fusilazos, y en breve trábese en la primera línea exterior un vivo tiroteo sostenido por los disparos de la artillería; los tiradores lombardos del coronel Melaza se lanzan intrépidamente contra nuestros soldados; mas estos les reciben á pié firme y á la bayoneta. La lucha se encarniza; por ambas partes ofrece un carácter sangriento y majestuoso; el general Levailant, á pesar de la imprevista resistencia que se le opone, continúa su movimiento con los 16.º y 25.º ligeros, apoyados por el 66.º de línea, y habiendo logrado forzar una de las puertas, ataca la *villa* con todas sus fuerzas; los romanos retroceden, y doscientos trece prisioneros, entre ellos diez y nueve oficiales, tres banderas y veinte mil cartuchos, caen en poder de nuestros soldados. Por su parte la columna Mollière se abre paso haciendo saltar á impulsos de una mina un trozo del muro, y llega á su vez para tomar su parte de combate y de victoria. El valiente general Mollière sostiene dignamente su reputacion de intrepidez, y prueba una vez mas, por su valor, su sangre fria y sus talentos militares, que es merecedor del alto aprecio de que goza en el ejército francés; jóven aun, hasta el último momento de su vida prestará servicios á la patria; mas la muerte, que arrostra en los campos de batalla, le espera á su regreso á Francia, y si no pudo caer como un soldado, morirá al menos como un cristiano, y su último suspiro será tambien una victoria.

«Dueños de la *villa* Panfili, los franceses se lanzan sin vacilar contra el casino de los Cuatro Vientos, situado en la misma línea y frente de la puerta de San Pancracio; el enemigo se habia atrincherado en él de un modo terrible, y el mismo Garibaldi al frente de cuatro mil combatientes defendia sus inmediaciones. Sin embargo, á pesar de una resistencia obstinada, el Casino es tomado á viva fuerza; y como la ocupacion de este importante punto hacia inevitable la de la iglesia de San Pancracio, nuestras tropas reciben la orden de atacarla, haciéndose dueños de ella despues de dos horas de combate.

La *villa* Valentini y una granja muy grande inmediata á la misma, ambas enérgicamente defendidas, caen igualmente en poder de nuestras armas. Con todo, el combate no ha terminado; el cañon hace oír incesantemente su terrible estampido, y los lombardos, bien mandados y dignos por su valor de hallarse cara á cara con los franceses, disputan palmo á palmo el terreno regado con sangre, de que les despojan á la bayoneta. Rechazados en un punto, retroceden para reunirse en otro, y vuelven á la carga para estrellarse de nuevo ante la firmeza de nuestros batallones.

«Son las siete de la tarde, y desde la mañana las columnas romanas, sostenidas por el nutrido fuego de la plaza, hacen prodigiosos esfuerzos para reconquistar y conservar las posiciones cuya importancia comprenden; las paredes del casino de los Cuatro Vientos, tomadas y perdidas hasta tres veces, quedan taladradas y agujereadas por las balas, hasta que, finalmente, la victoria por tanto tiempo disputada se declara por la bandera de la Francia. Estas posiciones que aseguran la izquierda de nuestras trincheras y que el enemigo tratara muchas veces de arrebatarnos, serán defendidas durante todo el sitio con un valor y firmeza inexpugnables.

«En otro punto la brigada Sauvan, establecida en Monte-Mario hacia algunos dias, habia recibido orden de apoderarse de *Ponte-Molle*, uno de cuyos arcos habia sido destruido: el ataque empezó en el mismo instante en que el cañon de la *villa* Panfili dejó oír sus primeras detonaciones. Dando fe á varios y repetidos avisos, se creia que el puente estaba minado, y esta suposicion determinó al general Sauvan á hacer pasar á nado á la orilla izquierda del Tíber á treinta hombres, cuyas armas, municiones y vestidos se habian colocado en una balsa construida al efecto; mas paralizando la rapidez de la corriente los esfuerzos de los que guiaban la balsa, no tuvieron estos mas recurso, para no caer en poder de los enemigos, que apartarse nadando vigorosamente, dejando que aquella, al chocar contra la opuesta orilla, fuese fácil presa de los soldados romanos. Entonces el General tomó el partido de apoderarse de la parte del puente perteneciente á la orilla derecha, y aprovechando algunos tiradores y cazadores todos los accidentes del terreno, consiguen, despues de inauditos esfuerzos, hacer callar dos piezas de artillería que el enemigo habia puesto en batería enfilando el puente, mientras que los batallones romanos, reducidos á cesar su fuego, se refugian apresuradamente en los edificios vecinos.

«Entonces nuestros trabajadores restablecen prontamente el puente por medio de vigas y de faginas; y tres compañías de infantería lo atraviesan y se forman en la opuesta orilla, dispuestas á rechazar cualquier ataque. Tales fueron los resultados de esta jornada tan gloriosa para nuestros soldados, si se consideran los grandes obstáculos que debieron vencer.

«Las tropas romanas habian acumulado en los puntos tomados por las nuestras todos los medios de la mas encarnizada resistencia; y probaron que tenian el corazon y el valor del soldado; sus pérdidas comparadas con las del ejército francés fueron considerables: el cuerpo del coronel Melaza quedó destruido; el del coronel Manaza reducido á la mitad; el general Garibaldi perdió, además de la flor de su Estado mayor, á los oficiales mas distinguidos de su ejército, entre otros á Marochetti, Daverio, Bixio, Mameli, Macina, Maniego, jefe de su caballería, y á Dandolo, jóven de una distincion igual á su elevado nacimiento... El valiente coronel Melaza, gravemente herido desde

el principio de la acción, debía en breve seguir á sus compañeros de armas al sepulcro que les abriera la revolución.

«Mientras que una parte de las tropas romanas entraban en la ciudad, después de haber perdido las líneas que estaban encargadas de defender, las restantes acampaban en la villa Borghese bajo la protección de los cañones colocados en batería en el Pincio.

«El combate había terminado, y solo algunos tiros aislados turbaban de tiempo en tiempo el silencio de la noche, cuando los triunviros, ocultando la extensión de sus pérdidas, que evaluaban solamente en cien muertos, y ciento cincuenta heridos, dirigieron á los romanos la extraña proclama siguiente:

«¡Valientes soldados! Hoy habeis sostenido el nombre romano y el honor de la Italia en una lucha de catorce horas; vosotros, bisoños todos en el arte de la guerra, habeis eclipsado el aguerrido valor de soldados curtidos al fuego.

«Á pesar de haber sido sorprendidos por la traición y la violación infame de una promesa sagrada y firmada, habeis reconquistado palmo á palmo el terreno de que un enemigo, desconocedor de las leyes de la guerra, os despojara por un momento. Habeis rechazado y puesto en derrota las tropas que la Europa creía las más valerosas, y habeis marchado á la muerte como se va á una fiesta, á un triunfo.

«¿Qué podremos hacer que esté á la altura de vuestro valor, sino invocar el poder del Altísimo sobre vosotros, unidos á él para bendeciros en nombre de la Italia; á vosotros, los guardianes de las glorias de nuestros abuelos, y darle gracias porque nos ha permitido ver en este día los grandes y maravillosos hechos de que sois capaces?

«Romanos, debemos decirlo: la jornada de hoy ha sido una jornada de héroes, una de las más bellas de la historia. Os habíamos dicho: Sed grandes; y vuestros actos nos han contestado: Lo somos.»

Ya hemos indicado que los franceses lo que más deseaban era librar á Roma de los elementos revolucionarios, que la tenían en un estado de opresión lamentable, y restituirla á su legítimo soberano; pero el prudente y valeroso general que se hallaba al frente del ejército expedicionario quería evitar los rigores de la devastación y de la sangre, para lo que se necesitaba una sagacidad extraordinaria. Así el duque de Reggio dió principio á los trabajos preparativos el día 4 de junio, en el cual mil doscientos trabajadores, protegidos por dos batallones, se forman silenciosamente delante de una casa situada á distancia de trescientos metros de la muralla de Roma. En el silencio de la noche, que solo era interrumpido de vez en cuando por disparos hechos sin dirección por la artillería de la plaza, á una señal convenida, aquel gran número de trabajadores destinados á abrir la trinchera se lanzan hácia adelante, llegan á las líneas trazadas por los ingenieros, y empiezan sus trabajos, en tanto que el general, para distraer la atención del enemigo, hace practicar dos falsos ataques por otros dos puntos diferentes de la ciudad.

Al despuntar el día los trabajadores se hallaban ya á cubierto. La apertura de la trinchera es una de las más atrevidas operaciones del sitio de Roma, pues que, según las reglas del arte, se abre ordinariamente aquella á seiscientos metros de la plaza amenazada.

Los sitiados, que sentían vivamente haber perdido posiciones que eran la llave de la ciudad, se propusieron hacer esfuerzos por recobrarlas, por lo

cual hicieron dos salidas en la noche del 5, siendo en ambas rechazados, no sin dejar algunos cadáveres en el campo.

Al día siguiente llegó á Civitavecchia un buque francés llevando cuatro piezas de veinte y cuatro, dos obuses de veinte y dos centímetros y cuatro morteros, refuerzo indispensable al ejército sitiador.

En la noche del 6 intentaron los sitiados una nueva salida, sin otro resultado que la pérdida de setecientos setenta y cinco hombres que quedaron muertos al pie de las murallas de la ciudad, y veinte y cinco lombardos hechos prisioneros.

Los ejércitos de España y de las Dos Sicilias deseaban ayudar al francés en su empresa, y el día 7 se presentaron al general Oudinot el jefe de Estado mayor del primero, coronel Buenaga, y por parte del segundo el coronel Agostino y el teniente coronel Nunziante, ayudante de campo del Rey de las Dos Sicilias. En nombre de sus respectivos Gobiernos ofrecieron la cooperación de sus tropas al general de los franceses.

El duque de Reggio, que era tan atento y fino caballero como bravo militar, los recibió con la mayor cortesía; pero, dándoles gracias por sus ofertas, rehusó el auxilio que deseaban prestarle, pronunciando el siguiente discurso, digno de quedar perpetuado en las páginas de la historia:

«Señores, dijo con franqueza de soldado, voy á exponeros, como yo lo comprendo, la respectiva situación de los ejércitos católicos reunidos en este momento en el territorio del Gobierno pontificio.

«Á la Francia, á la hija primogénita de la Iglesia correspondía tomar la iniciativa del restablecimiento en Roma de la autoridad temporal del Papa, tan íntimamente unida con la autoridad espiritual; con este objeto desembarcó en Civitavecchia un cuerpo expedicionario; mas la situación política de la Francia y la forma de su Gobierno le imponían ciertos deberes complejos y especiales.

«Las instituciones liberales que la rigen, le prescriben oponerse á las reacciones absolutistas, y bajo este concepto los Gobiernos austriaco, español y napolitano se hallan en condiciones muy distintas de la nuestra, distinción que fue desde un principio establecida por la primera proclama fechada en Civitavecchia, pero redactada en París por el mismo Gobierno.

«Las disposiciones de mi país respecto del Santo Padre y de sus simpatías por el verdadero pueblo romano, unidas á las noticias que de todas partes me llegaban, hicieron que apresurase mi marcha hácia la Ciudad santa, y practiqué un fuerte reconocimiento sobre Roma, mas como mediador que como enemigo, y con el arma al brazo, por decirlo así: sin embargo, no tardé en poseer la prueba de que se desconocían nuestras intenciones, y la jornada del 30 de abril, cuyo resultado conoce todo el mundo, y de la que pueden gloriarse las armas francesas, me obligó á retirarme á Palo, y aunque esperaba ser atacado en mi retirada en campo abierto, ni un solo destacamento del ejército romano, á pesar de haber tardado cinco días en efectuarla, se atrevió á molestar nuestra marcha. Entonces hice á mi Gobierno una relación conforme á la más exacta verdad, y le manifesté que, estando los pueblos bajo el imperio del terror, no debíamos confiar en su auxilio, y que necesitaba refuerzos, en municiones sobre todo, para emprender el sitio de la ciudad. Con gran satisfacción por mi parte debo hacer á mi Gobierno la justicia de decir que me envió fuerzas superiores á las que me eran rigurosamente indispensables;

luego de su llegada, tomé de nuevo la iniciativa del ataque, y entonces fue cuando Mr. de Lesseps llegó de París con una misión diplomática: lo que me han hecho sufrir las dudas, dilaciones y subterfugios, tan poco en armonía con los hábitos militares, solo Dios y yo lo sabemos; vosotros me comprendéis, señores, cuando os diga que mi carácter de soldado fue puesto á una ruda prueba.

«Debia á mis subordinados el ejemplo de la paciencia, y se lo di hasta el momento en que Mr. de Lesseps presentó á mi firma un tratado injurioso para el honor de nuestras armas y para el honor de la Francia.

«Mi rompimiento con Mr. de Lesseps debia ser, como lo fue, público y ruidoso: el modo como aquel diplomático cumplió su misión es ya conocido y apreciado, y, con placer lo digo, lo fue desde un principio por el presidente de la República francesa y su Gabinete. Mr. de Lesseps fue llamado á París en el mismo momento en que le prohibia la entrada en el campamento; devolvíéronseme los plenos poderes de general en jefe, y desde entonces he dado á las operaciones de guerra un impulso conveniente para poner fin á la empresa.

«Después de muchos y vigorosos combates nuestras tropas se han apoderado de todas las posiciones exteriores, y actualmente son dueñas de Ponte-Molle en el alto Tíber, lo mismo que de las comunicaciones de Florencia y de Ancona. Se ha establecido una barca frente la basílica de San Pablo, y hemos construido un puente de barcas en el bajo Tíber; mi caballería recorre toda la llanura que se extiende entre Roma, Frascati y Albano: hemos abierto ya nuestra primera paralela á trescientos metros de las murallas, y quedan montadas nuestras baterías. Dentro de algunos días serémos dueños de Roma, y si las disposiciones que he tomado retardan el triunfo, evitarán al menos á la Ciudad eterna los horrores de la guerra.

«Ahora bien: cuando una gran nación como la Francia ha realizado tales cosas, cuando ha hecho sacrificios y gastos tan enormes, cuando ha sufrido una ofensa, necesita una reparación brillante, y debe obtenerla sin participación alguna auxiliar, sin socorro alguno extranjero. No; en las actuales circunstancias la Francia no puede permitir que nación alguna le arrebathe la gloria que exclusivamente le pertenece, y que no puede dejar de obtener: cualquier ejército que en este momento se adelantase hácia Roma, solo podría hacerlo como nuestro amigo ó como nuestro enemigo, para auxiliar á los sitiados ó á los sitiadores, y no nos es dable aceptar ninguna de estas combinaciones. Entrarémos en Roma sin el auxilio de los ejércitos coligados, en cuyas buenas intenciones creo firmemente; pero en el caso de que no suspendiesen inmediatamente la marcha, el ejército francés se dirigiria á su encuentro sin pérdida de momento, y no vacilaria en tratarles como enemigos.

«Ignoro los acontecimientos que pueden producirse en el orden político y social de la Europa, é ignoro también el partido definitivo que tomará la Francia en las complicaciones que serán consecuencia de la rendición de Roma; mas en el día mi deber está trazado, y mi país manifestará desde la Ciudad santa sus últimas resoluciones sobre el porvenir de los Estados pontificios.

«Para no herir la justa susceptibilidad de los ejércitos napolitano y español, voy á leeros la carta que sobre el mismo asunto escribí al general en jefe de las tropas austríacas que se encuentran en los Estados romanos.»

El general Oudinot lee rápidamente la carta que insertamos en la página 533, y continuó:

«Señores:

«Ignoro si semejante lenguaje es enteramente diplomático en la forma; mas es la expresión de una voluntad decidida, y tengo el orgullo de creer que merecerá vuestro asentimiento y el de vuestros respectivos soberanos.»

Los militares enviados por ambos ejércitos español y napolitano escucharon atentamente al General, al cual, después que hubo terminado, contestaron que no era el ánimo de sus Gobiernos ni de sus generales imponer su cooperación al ejército francés, y que su misión era consolidar la armonía que reinaba entre los respectivos Estados, y le ofrecían que, conformándose con los deseos de la Francia, no saldrían fuera de sus actuales acantonamientos. El coronel Agostino le hizo observar que, para evitar una invasión garibaldina, su soberano había tomado posiciones convenientes según exigía la prudencia. El general Oudinot lo aprobó, y ofreció al mismo tiempo todas las comodidades posibles á los oficiales de ambos ejércitos que quisiesen acudir al sitio con el objeto de estudiar las operaciones en interés del arte de la guerra.

La conferencia terminó con un almuerzo, en el que se dieron pruebas de mútua estimación los militares de los tres ejércitos.

El enviado por el general Córdoba, coronel Buenaga, había entregado una carta suya al duque de Reggio, en la cual manifestaba sus levantados sentimientos y le ofrecía su cooperación. El general Oudinot suplicó al coronel que le llevase su contestación escrita, que estaba concebida en los siguientes términos:

«El señor coronel Buenaga, vuestro jefe de Estado mayor, acaba de entregarme la carta que me habeis dispensado el honor de dirigirme con fecha de 5 de junio.

«He sabido personalmente apreciar al ejército español en los campos de batalla, y celebro cuantas circunstancias se me proporcionan de relacionarme con los eminentes militares de vuestra nación. Es decir, que soy feliz al verificarlo con vos en este día. Sin duda, señor General, que por motivos que tienen cierta analogía hemos sido enviados á la Península italiana, empero la iniciativa que ha tomado la Francia en la cuestión romana no me permite confundir mi acción con la de otra nación extranjera.

«Algunas semanas há que hubiera penetrado en Roma, si el ataque de la plaza no se hubiera retardado por negociaciones diplomáticas. Habiendo sido desaprobada la conducta del Ministro plenipotenciario que había entablado semejantes negociaciones, yo soy el único responsable de los acontecimientos, y es mi deber simplificarlos cuanto sea posible. Á tal objeto, permitidme recordaros un hecho que vos sabréis apreciar mejor que nadie. Cuando un ejército sitia una ciudad, ninguna tropa extranjera, como sabréis muy bien, puede acercarse, mas que en el caso en que se reclame su socorro por los sitiadores ó por los sitiados. No es esta, General, nuestra posición respectiva. Vuestra protección está lejos de dispensarse á los romanos, y el ejército francés está en disposición de hacer frente á todas las eventualidades.»

La carta concluye dándole cuenta de las posiciones ocupadas por su ejército, y los ofrecimientos de costumbre.

Cumplida su misión, volvieron á sus respectivos campamentos los oficiales español y napolitano.